

KORIMBA.COM
EVELIO ROSERO
PIANISTA

Sus dedos perfectamente organizados. Una pianista. Auténtica, dicen. Fotos y aplausos. Adoradora fanática de las variaciones. Sus dedos se fugan, se fugan. Ella solita subida en su piano, cíclope en su caballo. Por fin la vemos resbalar como un ramaje de dedos hasta el último quejido. Magistral. La levantan en vilo y se la llevan dos hombres de frac. Es un pase de magia: desaparecen ella y su piano. La pequeña orquesta se hace oír, los mozos se pasean con las bandejas de vino. Entonces regresa la pianista con otro vestido. Nos atisbamos. Le propongo que bailemos. Una llama mortuoria son sus ojos agradecidos. Un abismo, su movimiento. «Hace cien años que no bailo», dice, «la vida es este baile al que nunca fuimos invitados». Se despereza en mis brazos como si un arpegio. La conjunción de nuestros pasos es perfecta. «Tendré que morir», dice. Su última fibra agoniza, parece, pero baila como si música de piano. Qué vals. Fingí dormir mientras bailaba, mi quijada en su hombro abullonado. Después comprendí que no bailaba, la arrastraba en mis brazos, sus dóciles zapatos encima de mis zapatos. Me sacudí.

—La desalmada cumple con sus promesas —me dijo alguien; era una burlona voz de mujer que bailaba a nuestro lado, absolutamente sola, pero feliz.